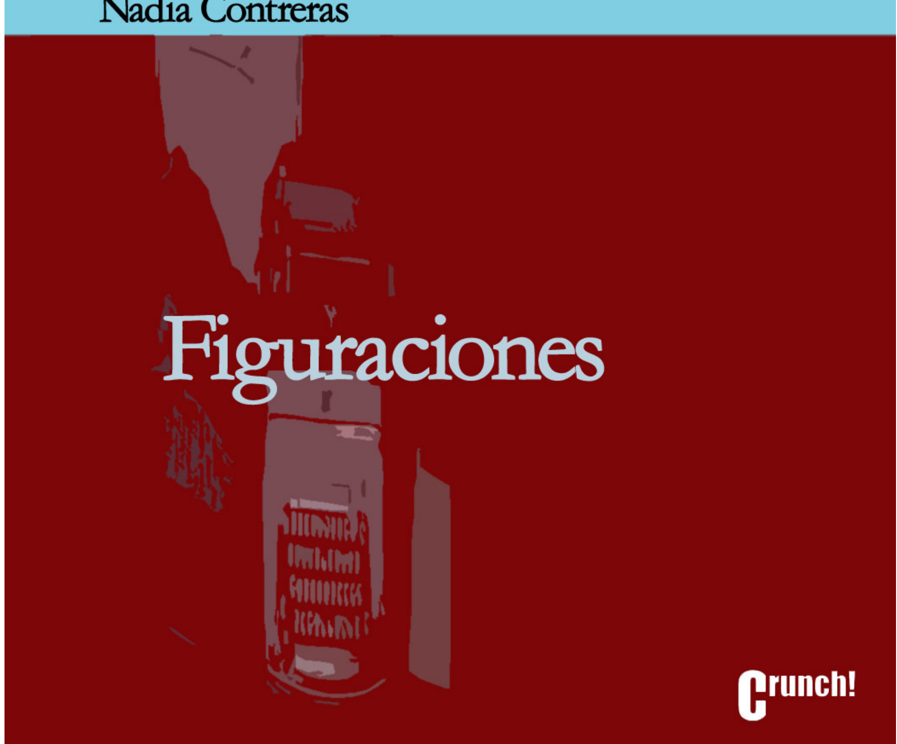
Nadia Contreras



NADIA CONTRERAS : FIGURACIONES

CRUNCH • MÉXICO

Nadia Contreras

Figuraciones



Primera edición, Crunch! Editores, 2003

Arista 1443, Segunda Sección
21100 Mexicali, B.C.

A Diana

A lo largo de las bifurcaciones de tu camino encuentras otras vidas; conocerlas o no conocerlas, vivirlas a fondo o dejarlas de lado, depende sólo de la elección que haces en un segundo, aunque no lo sepas, entre seguir derecho o desviarte a menudo se juega tu existencia y la de quien está a tu lado.

Susana Tamaro

ADVERTENCIA

Soy Olga Lucía. Es la última estación del año en Bogotá. Han emigrado los pájaros al norte. Llevo una maleta, ningún recuerdo familiar. Atrás quedan los amigos que no tuve, mi primera vida como un círculo que no pudo cerrarse.

Santa Fe de Bogotá. Diciembre 31, 1994

INTRODUCCIÓN

Impresión

Olga Lucía es la mujer,
Tiene los ojos negros,
Alegres como abril.

En cada parpadeo se oculta un paisaje
O la ciudad más hermosa.

Sus manos
Largas como un sueño
Caen sobre la flor abierta que soy.

Es alta, Olga Lucía, como un edificio.
No tiene perro ni gato que la aguarde.

Olga Lucía sabe lo que es despertar con luna
Los cinco días de todas las mañanas.

Pero no de mi presencia que la observa,
De mis ojos que resbalan por su espalda lisa
Como piedra de río.

La noche comienza en la punta de sus pies.

Primer tiempo

Fue en aquel tiempo,
Cuando no existían las horas.

Tú, habitante primera
Del mundo,
Yo la hoja del naranjo.

El mundo es otro y tú lo sabes.
Basta mirar más allá del horizonte
Para descubrir el mar en tus ojos.

Es el comienzo apenas
Olga Lucía
De la vida futura como un presagio.

A la ciudad más grande

No anticipó el viaje.
Después de lavar el último plato
De la comida
Y cerrar la llave del fregador,
Juntó sus pertenencias:

Dos faldas, la ropa interior que no usa,
El vestido color verde
Y las fotografías que voluntariamente olvidó.

6: 00 p.m.

Olga Lucía voló de Bogotá
A la ciudad más grande del mundo.
No le importó el pasado:
Sólo conquistar
Los pasillos de esta casa.

Cabaretito

La música te sorprendió
En mitad de la noche
Y la segunda puerta hacia
La felicidad.

La oscuridad cimbró tu cuerpo
Como si por primera vez escucharas
Un relámpago.

Ella fue la primera mujer de tu exilio.
La mujer que besaste hasta el cansancio
Y dijiste "No"

El amor

A tus once años
El primer intento de suicidio
Te bastó para conocer el amor.

Después fue la fuerza.
Él sobre ti
Asestando al punto exacto
De tu infancia inacabada.

Nadie pudo ayudarte, Olga Lucía.
Yo existía apenas
En el vientre de la mujer
Que no es mi madre.

Reflejo

Olga Lucía, su mirada,
Es una puerta entreabierta al final del pasillo
Y un espejo.
Dentro, la imagen de una niña que duerme
En posición fetal.
La misma niña que desde la ventana del miedo
Inventa estrellas de diversos colores
Y cae la noche más triste.

Los nacidos en miércoles

Olga Lucía nació un miércoles a las tres de la mañana y como a mi nacimiento nadie asistió. Ella, sin embargo, asegura que fue un domingo. Son su obsesión la primavera y la lluvia, los gatos en celo. Los nacidos en miércoles tienen mala suerte, me dice. Nada hay mejor que un domingo en la tarde, la tristeza lejana y el olvido.

Durante el sueño

A media noche tu sueño es tranquilo. Antes de dormir me prometiste flores y acordamos caminar por el centro. Te contemplo en mi deseo, Olga Lucía. De pronto, me dices que tienes sed, que hace calor, que abra la ventana. Dices que te duele, que es como tener una llama por dentro quemándote los huesos. Dices que te ayude, que le de un golpe con la lámpara en la cabeza, que llame a la policía. Te digo que es un sueño y luchas también conmigo ahora que sostengo tus brazos. Me dices que ya no puedes, que estás cansada, que un poco más y desgarrará tu cuerpo en pedazos.

Conversaciones II

Mientras tú, Olga Lucía,
Lavabas tu ropa adolescente,
Yo vivía entre muñecas
Y te nombraba en mis adentros.
Ineludible el destino nos reunirá
Veinte años después.

Descripción al margen de un cuaderno de Olga Lucía I

Amaneció con los ojos en otra parte,
Herida de muerte entre la oscuridad
De la casa.

Su juventud es la vejez anticipada.
No tiene pasado ni muertos por quien llorar.

Le digo que hagamos una fiesta.
Y un abismo se abre entre sus ojos
                                        Y los míos.

Última hora

Me dices que la muerte no existe, que es cuento para asustar a los niños. Más tú no sabes que un día vi al abuelo enfermarse, el tronco macizo que fue caer de bruces al suelo. Dijeron que era cáncer y lentamente murió cada parte de él. Nada fue tan cierto como la muerte, Olga Lucía, como el silencio en la hora última. Nada tan cierto como ir entre la hierba a enterrar su pequeño cuerpo.

Fotografía V

Hay que cambiar de casa, deshacernos del pasado, recomenzar. Hay que llevar la vida de un lado a otro, sembrar una nueva, incluso. Otra silla, otra mesa de escribir, otro árbol para nuevos versos. Llegamos, recuerdo, a las seis en punto de la tarde y una a una las cosas tomaron un orden. No era mucho pedir un cielo grande de pájaros. Aún lejos, el mar estaba en nuestros ojos. De aquella casa tengo imágenes: de la Yuca y la Bugambilia, la primavera en total luz. En la primera foto, le sobra alegría a mi rostro; en la segunda, se asoma gris la tristeza. Mas no importa en este momento el necio afán de oscurecerme. Bastó crecer para llenarla de voces, de invitados en los días de fiesta. Hoy la casa ya no nos pertenece, aunque eso tampoco importa. Noche a noche regreso en sueños.

Animal a cuatro patas

Te he mentido Olga Lucía.
Ahora que tú me escuchas desde el espejo
En que te contemplo desnuda
Quiero decirte que para ti la vida no ha sido
Tan mala.

También fui yo la que se quedó sola.
No el dolor entre las piernas
Pero sí el abandono como una mina estallando
Mi cuerpo.

La puerta se cerró, Olga Lucía.
La misma puerta que tú cierras cuando dices
No volver.
¿Sabes lo que es el encierro involuntario?

¿Lo que es estar allí, sin más alimento
Que la propia carne,
Creciéndote el pelo, las uñas?

Tú estabas de fiesta cuando la policía llegó
Al lugar,
Cuando la luz me lastimó los ojos.

¿Has viajado en ambulancia
Cuando miles de ojos te observan
Y tú no eres otra cosa que un animal que camina
A cuatro patas?

Yo tampoco, Olga Lucía, estoy entre los vivos.

Poema último

Hay en mí algo que tú no conoces:
Este afán de palabras,
De infinitamente escribir hasta no lograr
Trazo alguno.

¿Dónde estás, Olga Lucía, que no te encuentro?

Tú no sabes
Que en cada verso
Envejece de mí una parte.

Tengo ganas de morirme,
Que lentamente se me duerman los pies,
Que anticipado el corazón
Deje de latir.

¿A dónde voy sin ti que eres asombro
De mariposas?

Son las seis de la tarde
En la ciudad más amarga
Que ya no me ve contigo.

El mundo sigue vivo a mi alrededor.

Soy yo
La que no se sorprende
De las altas torres de los templos.

Cómo me gustaría borrar tu nombre
De mi cuerpo
Y cada una de sus partes.
Es su lugar escribir "cae la lluvia,
Crece el árbol, pantalón azul".

O cerrar las páginas de este libro
Y mirar cómo despacio
Sin volverte
Te pierdes entre la noche y el olvido.

CAPÍTULO I

Este dolor fue como quiso ser
Francisco Ferney

La misma de siempre

Olga Lucía se fue o más bien la dejé ir. Así como llegó se fue. La casa entonces se pintó de gris. Meses después o quizá años, regresó. Era la misma pero otra, distinta por el lunar de su espalda. Dos veces la eché a la mala, la amenacé a punta de cuchillo. En cambio, con la furia del viento abrió la puerta y se tiró, como lo había hecho antes, en el sillón de la sala. El viaje fue largo y quería descansar.

Descripción al margen de un cuaderno de Olga Lucía III

Tuve que regresar al comienzo
De la historia,
Yo que no conozco más allá
Del horizonte.

Soy Olga Lucía y dentro de mí otra
Que no conoces aún:
La sin hijos,
La más mala mujer.

La misma frente al espejo
Y la destrucción del mundo.

Regreso

Los tres días siguientes descansó.
Sin tocarla, acaricié su cuerpo,
Sus piernas desnudas,
Los mismos labios que besé el último día.
Piedra para el hueco de mis manos,
La primavera y la llama.

Para comenzar a vivir

Cómo llevar tu nombre a todas partes, Corazón.
O decirte que a veces te odio, un poco.

Me has visto crecer y tú lo has hecho conmigo,
Mas en qué momento preguntas de mí.
¿Sabes cuál es realmente mi nombre?

Quizá tú sólo seas la mujer
Que de lejos me mira ir de un lado a otro,
Organizar papeles donde escribo "voy a verte".

Quizá después del café consideres la dicha
Y admires entonces
La mujer y el hombre que soy,
                                        O la ciudad.

¿Recuerdas las luces de colores,
La puerta color verde de tu nueva casa?

Al tercer día comenzaste a ser distinta.

Tú misma lo dijiste:
"Hoy me llamo Corazón. Y punto".

Declaración de odio

Nunca le dijiste cuánto lo odiabas,
Cuántas veces estuviste a punto de darle
Un tiro en la cabeza.
El cansancio de tu padre era tu condena,
Olga Lucía.
Mirarlo sobre la cama,
Los ojos hinchados, las piernas;
Mientras él sin ternura ni piedad
Hurgaba en tu sexo.
Te hubiera gustado acortar las distancias,
Decirle que eras tú quien estaba
En el centro de la tormenta,
Mostrarle tu cuerpo penetrado sin cesar
Gota a gota de tu sangre.
Mas nunca estuvo allí.
Sólo tú ante el espejo.

Breve

Olga Lucía es el mar.
Largas sus piernas, ademanes del agua.
Es la arena donde mi cuerpo reposa
Y esta barca de horas que no vuelven.

La niña parecida a ti

Olga Lucía no quiere hablar del pasado.
Sólo dejar las cosas,
Tal como fueron en otro tiempo.
Bogotá es un libro cerrado.
Háblame de su gente, sus puentes,
Sus altos edificios.
Olga Lucía guarda silencio.
Hay historias que debemos borrar
Antes que ensucien la memoria.
En cambio soy yo la que se queda,
Pegado el rostro a la pared.
Afuera cae la tarde
Y hay una niña
Que dices se parece a ti.

CAPÍTULO II

Ya desistí de cualquier puerto
José Régio

A Yadira, que vive en alguna
Parte del mundo

Poemas con preguntas para Olga Lucía

Cuántos años tengo, Olga Lucía, pregunto mientras lentamente te desplazas por la habitación y paso a paso me dejo llevar por el movimiento de tus piernas. Cuántos años tengo para mí, para ti, para aquellos que de lejos me miran y no me saludan porque extraña soy para esta vida y para la otra. Cuántos años desde que abriste la puerta y yo sólo vi el sol filtrándose, con los mismos ojos de siempre, mi rostro, mis canas de anticipada vejez.

Descripción al margen de un cuaderno de Olga Lucía IV

Era otra Olga Lucía. Otra la que llegó
Por designio o equivocación,
Multiplicada para ti.

Ahora soy distinta:
Sin lágrimas ni ríos y un pájaro ya sin jaula.

Veme aquí, Ángela,
Sin fatiga contra el tiempo
Y el pelo que dejé crecer como mis años.

Hoy el viento me visita por vez primera,
El rumor milenario de los barcos.

El mundo está a mis pies,
El jardín revelándome sus secretos.

Soy Olga Lucía,
Desde ahora mi nombre es: Soledad.

Para el hombre de la fotografía I

Dos años después el pasado ya no existe.
Sólo a veces cuando el mar de la calma,
Agita sus aguas.

Ahora que las cosas toman un orden
Y es la casa el lugar en el que tú y yo vivimos,
Pongo mi cabeza sobre tu pecho.

Cómo puede caber en ti tanto amor.
A mí vienes con los brazos abiertos
Sin dolor y angustia.

Has construido el mundo,
La línea exacta del horizonte al alcance
De mis manos.

Llegas a la hora precisa del desencanto,
Con tus vuelos.

He visto en ti crecer la mañana
Y el niño que eres
Cuando juegas entre las estrellas.

Qué nunca el cansancio
Sobre tus hombros.
Qué la tristeza pase de largo ante ti,
Igual la muerte.

Yo te prometo la vida a plenitud
En los hijos que vendrán mañana.

CAPÍTULO III

Carta desde México para Olga Lucía

Nada es cierto, Olga Lucía.
No soy yo la que escribe,
Ni tú la mujer que llegó de Bogotá
Y se quedó en mi casa a vivir para siempre.
Todo ha sido un sueño,
Una historia que yo inventé para que te quedaras
Conmigo.
Tengo las cartas que yo escribí
Y fue suficiente
Poner color a tus ojos, rejuvenecer.
Todos mis días están reunidos hoy en esta mesa.
Los días que a diferencia de ti, existen.
De ellos quiero hablar,
Quitarle al tiempo la máscara:

Fue la infancia un intento, Olga Lucía,
Pero fracasé
Y de mí no hay registro.

Me hiciste falta.
Qué sencillo encontrarte como ahora
Mientras escribo para ti estas palabras,
Muchacha.

El dolor es una herida que renace
Mas aprendí a hablar contigo y conmigo
Porque tú y yo somos la misma.

O más bien, tú eres la que yo quiero ser,

Amada,
Señora,
Madre y esposa de él,
Ahora que sus ojos son mi reflejo.

Pero sigues en mí
Y de ti acepto los nombres que vienen:
Martha, Sofía, Elena Alicia, Esther…

Hoy los invoco, Olga Lucía.
Y sigues en mí, irreal, doliéndome.
La más amada,
La de ojos, pupilas y muslos, mariposa.

Viene el dolor de la carne,
El colmillo del deseo y no es el amor
Suficiente.

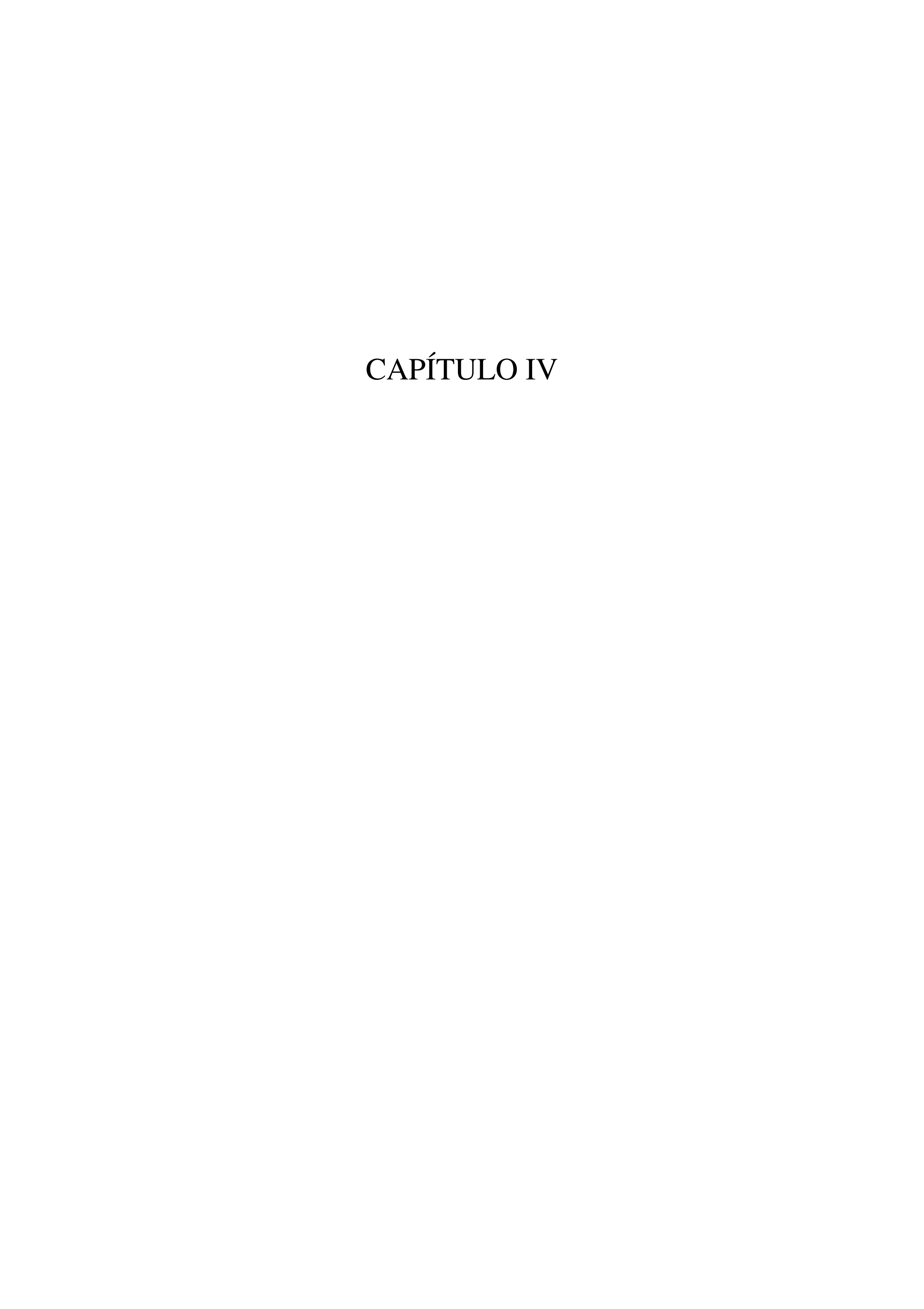
Por el movimiento de tus piernas,
Me dejo llevar.
Por el agua que eres para mis ríos.

Mujer de mil mujeres soy, Olga Lucía.

Luego regresa la calma
Y el mismo hombre, una vez más.

El hombre que no conoce la aventura
Que es ir de un cuerpo a otro.

Es cierto, Olga Lucía, *la historia es una: repetida.*
Hoy que también te marchas,
Con la camisa rota de tanto esperar.



CAPÍTULO IV

El tiempo

De golpe me dijiste que a las tres de la tarde
Y colgaste el teléfono.

Yo sabía que eras tú, Olga Lucía,
O Sandra,
Como te haces llamar en la última carta.

Porque de un tiempo para acá,
Tus cartas son puntuales cada fin de semana.

Yo contesto las palabras tuyas
Y te hablo de la ciudad que inventas en mi cuerpo;
La soledad que me llega a ratos
Y la tristeza.

¿Qué pasó con nuestros caminos, te lo pregunto,
Sandra irreconocible?

Ya no somos la misma mujer
Frente a frente
Y son tus ojos en mis ojos, vacíos.

Hablamos y es como si lo hiciéramos
Sin voces.
O más bien sin pasado
Que tampoco existe.

Después llegó él.
El mismo hombre de la fotografía del libro.

Ordenar la vida era preciso
Dar un cauce al agua de los ríos.

Sin embargo, el tiempo es otro siempre
Moviendo las cartas que jugamos.
Y otra fui,
               Más amarga.

Otra la que te observa detenidamente a los ojos
Y sabe que junto a ti,
Olga Lucía, está muy lejos.

Descripción al margen de un cuaderno de Olga Lucía V

Cae la lluvia con su tambor de gotas.
Lo empapa todo,
Hasta los recuerdos.

Del viento norte me llega un olor
A tierra mojada,
A verde cañaveral,
A café servido en la mesa.

Y sólo es la lluvia,
Su voz derramada, su chasquido.

Sólo es la lluvia y yo contemplándola
Desde esta habitación sombría.

Conversaciones V

Hay que darle tiempo al amor, "un respiro" como tú dices. Aflojar las cuerdas que nos atan para darnos cierta libertad, sin horarios establecidos, sin citas que cumplir al pie de la letra. Es necesaria otra casa, otras paredes para pintar del verde que más te gusta, Olga Lucía. Olvidar nombres, incluso. En contra de lo que yo te digo, insistes que así debe ser, que esto se ha convertido en rutina y es el mismo círculo en el que tú y yo damos vueltas. Además, la vida es mucha para quedarse en un mismo rincón, mientras me contemplas en la misma mesa de escribir porque he decidido contar tu historia. Mas no se trata del darle un respiro al amor. Es más bien, sin engaños, que tú ya no quieres estar y otra es quien te espera a la cena de las siete. Pero no todo es malo, Olga Lucía, sólo se trata de esperar los designios del tiempo.

Vestigios

No sé cuánto tiempo ha pasado, Olga Lucía.
Sólo la sensación
De haber tenido tu cuerpo, sol en mis manos.

Conservo aún tu vestido verde,
Las cartas que me escribiste tiempo después
De una ciudad para mí lejana: Bogotá.

Hoy es otra vida,
Otro el ritual del amor y la tarde que contemplo
Desde la dicha.

He cambiado por ti, Olga Lucía.

Es necesario crecer:
No importa que a fuerza de llanto
Suceda de la noche a la mañana.

Para el hombre de la fotografía II

El libro del pasado abro,
La memoria en que existes azul,
Como el vuelo de los pájaros.

Hoy que Olga Lucía se marcha
Quiero platicar contigo:

Tú no lo sabes.
A treinta mil pies de altura lastima más hondo
La tristeza,
Hoy que por ti amanecí rejuvenecida.
De nombres me canso,
De no ser la misma que llora y sale a la calle, Estrella
O Perséfone.

Por vigésima segunda ocasión me ganó el coraje,
El odio.
¿Qué debo hacer para que me quieras?
Frágil es el amor
Y la infancia.

Soy yo la que cambia de piel
Y mira llegar un avión desde el otro mar
De la angustia.

Cada vez abrir de mí una puerta es más doloroso.

Un tiro en la cabeza es buena idea
O una nueva mujer

Para sentirme exquisita por un instante.

¿Por qué hoy no me puedo morir?
Quizá mañana cuando despierte, te diga:
“Amanece”.



CAPÍTULO V

Tengo que dejarte ir, Olga Lucía. Recomenzar. Dejarte ir como se deja ir el viento, la lluvia o la tarde más hermosa. Dejarte ir y una vez más ordenar las cosas: el sol, la noche, la mesa para escribir nuevos versos. Debo olvidarte. Cerrar la puerta del pasado y abrir una nueva, Esther. Hay que cortar de tajo los recuerdos, las tristezas vueltas llanto, las madrugadas en vela. Tomar rumbo distinto, Sofía. Otra ciudad, otras calles, otros puentes para nuevos besos. Una nueva casa es preciso; un nombre, Isabel. Usar por primera vez el disfraz de la otra mujer que soy, la que quiere salir y enfrentarse. Esta misma mujer que después del vuelo, dice "vamos" y mira ante sus ojos las luces de nuevos caminos. Quiero, María Elena, la libertad de los pájaros, ser río. Esta fuerza, Alejandra, romperla como un globo se rompe o la piel de la tarde. Quiero vivir y que de ti nada quede: sólo la nostalgia.